

en nada á los indios, de dos en dos, é tres en tres, é pocos juntos se desparçieron en diversas partes; usando de sus ultrajes en tal manera, que los indios no lo pudiendo ya comportar, é durmiendo unos é otros descuydados, dexando las armas, ó quando mejor aparejo se fallaba, á todos les dieron la muerte, sin que ninguno dellos quedasse. E como el almirante volvia consigo algunos de los indios que avia llevado á España, entre ellos uno que se llamaba Diego Colom, é avia mejor que los otros aprendido é hablaba ya medianamente la lengua nuestra; por su interpretacion el almirante fué muy enteramente informado de muchos indios y del proprio rey Goacanagari, de cómo avia passado lo que es dicho, mostrando este caçique mucho pesar dello. Pero muy mayor le sintió el almirante, el qual despues de se aver certificado desto, desde á pocos dias que estuvo en Puerto Real, se vino á una provincia desta isla, é fizo allí una cibdad que nombró la *Isabela*.

Desde aquella partió con dos caravelas el almirante á descubrir, y dexó en esta Isla Española por su teniente é gobernador á don Diego Colom, su hermano, entre tanto que llegaba don Bartolomé Colom, adelantado y hermano suyo assi mismo, que avia quedado en España, é venia de Inglaterra á buscar al almirante. Y dexó al comendador, Mossen Pedro Margarite, por alcayde de una fortaleza que el almirante avia mandado hacer en las minas que llaman de *Çibao* (que son las mas ricas desta isla, á par de un rio que llaman Janico), assi como se tuvo noticia dellas; en las cuales se cogieron algunos granos de oro por los españoles, porque los indios no lo sabian coger, si no se lo hallaban ençima de la tierra. Y tambien los españoles no tenian aquella esperiencia que los antiguos asturianos, é lusitanos, é gallegos

tuvieron antiguamente en este exercicio de las minas en las provincias que he dicho en España, de donde los romanos tan grandes tesoros ovieron. Esta fortaleza fué la segunda que ovo en esta isla, é allí fué el comendador Mossen Pedro Margarite primero alcayde della, é llámáronla *Sancto Thomas*; porque como estaban en dubda del oro, é quisieron ver y creer, cómo desto fueron certificados los chripstianos, quiso el almirante que la fortaleza se llamasse como he dicho. Pero en aquel principio no se sacó sino poco oro, con el qual envió el almirante en ciertos navíos al capitan Gorvalan. Y este hidalgo llevó las nuevas del oro é minas ricas de *Çibao* á los Cathólicos Reyes, don Fernando é doña Isabel, por lo qual le hicieron merçedes, aunque otros quieren decir que el que primero truxo las muestras del oro á España, por mandado del almirante, fué el capitan Antonio de Torres, hermano del ama del príncipe don Juan, de gloriosa memoria. Assi que hallado el oro, el almirante puso en efeto su camino é salió de la Isabela, y con él otros caballeros, é los que le paresció que convenia llevar en dos caravelas muy bien armadas é proveidas. En tanto que él yba á descubrir, se siguieron muchos trabajos á los chripstianos que aqui quedaban como se dirá adelante; y aquel mesmo año de noventa y quatro se perdieron en la Isabela quatro navíos, uno de los cuales fué la nao capitana llamada *Marigalante*.

Deste viaje descubrió el almirante la isla de Jamáyca, que agora se llama *Sanctiago*, hasta la qual hay desde la parte mas occidental desta isla (que es la punta del *Tiburón*) veynte é çinco leguas. Pero la verdad es que el almirante llamó el principio ó parte mas oriental desta isla, cabo de *Sanct Raphael*, é al cabo último é mas occidental de la isla llamó cabo de *Sanct Miguel*; al qual ago-

ra algunos ignorantes de la verdad le llaman el cabo del *Tiburón*. Tornando á Jamáyca, digo que está aquella isla en diez y siete grados de la línea equinoçial: tiene de longitud çinquenta leguas ó mas, é de latitud veinte y çinco; pero primero que el almirante la descubriessse, fué á la Isla de Cuba, é vido sus costas mas particularmente que quando la avia descubierto en el primero viaje: la qual agora se llama *Isla Fernandina*, en memoria del

Sereníssimo é Cathólico Rey, don Fernando, de gloriosa memoria. Esta isla creo yo que es la que el chronista Pedro Mártir quiso intitular *Alpha*, α ; é otras vezes la llama Juana; pero de tales nombres no hay en estas partes é Indias isla alguna. Y no sé que le pudo mover á la nombrar assi; pero pues destas islas adelante se ha de tractar mas espeçificadamente, basta lo que en esto está ya dicho.

CAPITULO XIII.

Que tracta de los trabajos y guerras que passaron los chripstianos que quedaron con don Diego Colom é con el adelantado don Bartolomé Colom en la villa de la Isabela, en tanto que el almirante fué á descubrir desde allí, y de lo que acaesçió con çiertas tórtolas al alcayde Mossen Pedro Margarite en la fortaleza de Sancto Thomás, y de la poblacion é fundamento de aquesta cibdad de Sancto Domingo, adonde el almirante tornó, despues de aver descubierto á Jamáyca é otras cosas, etc.

Quando el almirante primero partió de la cibdad de la Isabela, dexó por su teniente é gobernador desta isla, é con toda la mas gente de los chripstianos á don Diego Colom, su hermano, entretanto que venia, como despues vino, el adelantado don Bartolomé Colom, su hermano. Aveis de saber que como luego que se pobló aquella cibdad y el almirante repartió los solares para que los españoles figiessen, como hicieron, sus casas, é les señaló las caballerias é tierras para sus heredamientos; viendo los indios que esta veçindad les avia de turar, pesóles de ver el propóssito de los chripstianos. E para escusar esto é darles ocasion que se fuessen desta tierra, pensaron un mal ardid, con que murieron mas de las dos partes ó la mitad de los españoles, é de los propios indios murieron tantos que no se pudieran contar. Y esto fizose de forma que no se pudo entender ni remediar, porque como eran tan nuevos en la tierra los chripstianos, no caían en el trabajo en que estaban, ni le entendieron; y fué aqueste. Acordaron todos los indios

TOMO I.

de aquella provincia de no sembrar en el tiempo que lo debian hacer, é como no tuvieron mahíz, comiéronse la yuca, que son dos maneras de pan, y el principal mantenimiento que acá hay. Los chripstianos comiéronse sus bastimentos; é aquellos acabados, queriéndose ayudar de los de la tierra que los indios acostumbran, no los tenian para sí ni para ellos. Y desta manera se caían los hombres muertos de hambre, en aquella cibdad los chripstianos; y en la fortaleza que es dicha de Sancto Thomás, do estaba el comendador Mossen Pedro Margarite, tambien por la misma neçessidad se le murió la mitad de la gente, é por toda la tierra estaban los indios muertos á cada parte. El hedor era muy grande y pestífero: las dolencias que acudieron sobre los chripstianos fueron muchas, allende del hambre; é desta manera los indios efectuaban su mal desseo, que era, ó que los chripstianos se fuessen huyendo por falta del bastimento, ó que se muriessen, si quedassen, no lo teniendo. Los indios que escapaban, metíanse la tier-

ra adentro é desamparaban la conversacion de los nuestros, por les haçer mas daño é yr á buscar de comer por otras provincias.

En este tiempo de tanta neçessidad se comieron los chripstianos quantos perros gozques avia en esta isla, los quales eran mudos que no ladraban, é comieron tambien los que de España avian traydo, é comiéronse todas las *hutias* que pudieron aver, é todos los *quemis*, é otros animales que llaman *mohuy* y todos los otros que llaman *coris*, que son como gazapos ó conejos pequeños. Estas quatro maneras de animales se caçaban con los perros que se avian traydo de España; é desque ovieron acabado los de la tierra, comiéronse á ellos tambien, en pago de su serviçio. E no solamente dieron fin á estos çinco géneros de animales de quatro pies, que solamente avia en esta isla; pero acabados aquellos, se dieron á comer unas sierpes que se llaman *yvana*, que es de quatro pies, de tal vista que, para quien no la conosçe, es muy espantoso animal. Ni perdonaron lagartos, ni lagartijas, ni culebras, de las quales hay muchas é de muchas maneras de pinturas, pero no ponçoñosas. Assi que, por vivir, á ninguna bestia ó animal de quantos he dicho perdonaban; porque quantos podian aver yban al fuego, é coçidos ó assados, no faltaba á su neçessidad apetito para comer estas cosas tan enemigas de la salud é tan temerosas á la vista. De lo qual y de la humedad grandíssima desta tierra, muchas dolencias graves é incurables á los que quedaron con la vida, se les siguieron. Y desta causa aquellos primeros españoles que por acá vinieron, quando tornaban á España algunos de los que venian en esta demanda del oro, si allá volvian, era con la misma color dél; pero no con aquel lustre, sino hechos azamboas é de color de açafran ó tericia; é tan enfermos que luego ó des-

de á poco que allá tornaban se morian, á causa de lo que acá avian padescido, é porque los bastimentos y el pan de España son de mas reça digestion que estas hiervas é malas viandas que acá gustaban, é los ayres mas delgados é frios que los desta tierra. De manera que aunque volvian á Castilla, presto daban fin á sus vidas, llegados á ella.

Padescieron mas estos chripstianos, primeros pobladores desta isla, mucho trabajo con las niguas, é muy crueles dolores é passion del mal de las buas (porque el origen dellas son las Indias), é digo bien las Indias; assi por la tierra donde tan natural es esta dolencia, como por las indias mugeres destas partes. Por cuya comunicacion passó esta plaga á algunos de los primeros españoles que con el almirante vinieron á descubrir estas tierras, porque como es mal contagioso, pudo ser muy possible. Y destes, despues de tornados en España é aver sembrado en ella tal enfermedad, de ahy passó á Italia y á otras partes, como adelante diré, sin desacordarme de haçer relacion particularmente, donde convenga, de once cosas notables que en este capitulo se han tocado, que son çinco animales de quatro pies, conviene á saber: perro, hutia, quemi, mohuy, cori; é assi mesmo se dirá de la *yvana*, que es una serpiente tambien de quatro pies. Y no olvidaré las lagartijas, culebras, lagartos, que hay en esta tierra; é diré de la passion de la nigua, é de la dolencia aborresçible de las buas, con que se dará cuenta de las once cosas de suso tocadas.

Assi que, continuando lo que prometí en el título deste capitulo XIII, digo que al tiempo que en la Isabela los chripstianos padescian estos males que he dicho, é otras muchas neçessidades (que por evitar prolixidad se dexan de decir), estaba el comendador Mossen Pedro Margarite con hasta treynta hombres en la

fortaleza de Sancto Thomás, en las minas de Cibao, sofriendo las mismas angustias que los de la Isabela; porque tambien les faltaba de comer é tenian muchas enfermedades, é padescian aquellos trabajos á que están obligados los primeros pobladores de tierras tan apartadas, é tan salvages é dificultosas para los que tan lexos dellas se criaron; é por estas causas los que en esta fortaleza estaban se murian, é de cada dia eran menos. Porque para salir de la fortaleza eran pocos: dexarla sola, era mal caso: la lealtad de aquel caballero era la que debia: el almirante estaba fuera de la isla en el descubrimiento que he dicho: los que en la Isabela estaban con el adelantado don Bartolomé, tenian tanto trabajo que no se podian valer: los indios avianse ydo la tierra adentro los que querian ó podian escapar de la hambre; de manera que, estando este alcaide é su gente á tan fuerte partido, vino un dia un indio al castillo (porque segund él decía, el alcaide Mossen Pedro Margarite le paresçia bien y era hombre que no haçia ni consentia que fuesse hecha violencia ni enojo á los indios é naturales de la tierra), é truxo este indio al alcaide un par de tórtolas vivas presentadas. Esiéndole dicho al alcaide, mandó que lo dexassen subir á la torre donde él estaba, é subido el indio le dió las tórtolas, y el alcaide le dió las gracias y la recompensa en çiertas euentas de vidro que los indios en essa saçon presçiaban mucho, para se poner al euello. Y el indio ydo muy gozoso con su sartal, dixo el alcaide á los chripstianos que con él estaban en el castillo, que le paresçia que aquellas tórtolas eran pocas para comer todos dellas, é que para él solo ternia que comer aquel dia en ellas: todos dixeron que él decía bien, é que para todos no avia nada en aquel presente, y él podria passar aquel dia con las tórtolas é las avia mas menester, porque

estaba mas enfermo que ninguno. Entondixo el alcaide: «Nunca plega á Dios que ello se faga como lo deçis: que pues me aveys acompañado en la hambre é trabajos de hasta aqui, en ella y en ellos quiero vuestra compañía, y paresçeros, viviendo ó muriendo, fasta que Dios sea servido que todos muramos de hambre, ó que todos seamos de su misericordia socorridos.» Ediçiendo aquesto, soltó las tórtolas, que estaban vivas, desde una ventana de la torre, é fuéronse volando.

Con esto quedaron todos tan contentos é hartos, é como si á cada uno de los que allí estaban se las diera; y tan obligados se hallaron por esta gentileza del alcaide para sufrir con él lo que les viniessen, que ninguno quiso dexar la fortaleza ni su compañía, por trabajo que tuviesse. Estando pues en tanta neçessidad los chripstianos, por la continuacion destas fatigas é dolencias que he dicho, y porque para ser complidos sus males no les faltasse ningun afan, sobrevinieron muchos vientos del norte (que en Castilla se llama çierço), y en esta isla es enfermo; é moríanse no solamente los chripstianos, pero como es dicho los naturales indios.

No teniendo ya otro socorro sino el de Dios, él permitió su remedio; y este fué la mudança de la cibdad de la Isabela, donde estaban los españoles aveçindados. Y para esta trasmigracion acaesçió que un mancebo aragones, llamado Miguel Diaz, ovo palabras con otro español, é con un cuchillo dióle çiertas heridas; é aunque no murió dellas, no osó atender, puesto que era criado del adelantado don Bartolomé Colom, é ausentóse de temor del castigo, é con él siguiéndole é faciéndole amigable compañía çinco ó seis chripstianos (algunos dellos porque avian sido participantes en la culpa del delito del Miguel Diaz, é otros porque eran sus amigos). E huyendo de la Isabela fuéronse por la costa arriba háçia el leste ó